

bocao más abajo, se lo da y ya llega el día en que está así, casi en el suelo. Quitan mucho, mucho monte.

Mayormente en las fincas que había una piara de cabras era motivo a eso, que había monte y la cabra desmonta mucho, pa aprovechar el monte y no dejarlo que se cerrara la finca de monte. Porque la cabra va lo mismo que la ovispa de la miel, va de flor en flor, la cabra es igual.

Las cabras le daban al monte más bien en el verano, que no hay verde, no hay yerba, y ellas le tiran to el año pero en ese tiempo... y si no hay pastos que la finca está apurailla de comia le dan todavía más. Pero en el verano, en el verano le gustan a ellas meterse en el monte. Y salen hartas de monte... se ven los cogollos de las jaras cortaos, le dan, le dan, ese ganao es mu costeano, de mucho monte."

M. S., SI.

Algo parecido podemos decir respecto a los helechos con la acción de los cochinos, tanto en zonas de robledal como incluso en castañares. Los guarros, al hozar en el verano buscando la raíz del helecho, lo iban eliminando.

Antes de realizar tareas específicamente encaminadas a la eliminación del monte, el otro uso productivo que servía para el control del matorral era el laboreo, pues con los sucesivos pasos de arado se impedía el brote o se descuajaban las matas ya nacidas.

"Lo que se hace en una finca pa combatir esto es tenerla aseá: arrancar los jorgazos, darle labor, y a fuerza de años va perdiendo esa maleza. Es como los críos antes, que no teníamos aseo y estábamos llenos de bichos, vivíamos en la miseria y eso nos hacía criar cosas malas y a la tierra le pasa eso."

C. B., Cv.

Cuando aparecían matas entre los ciclos de labor, el arado, sin necesidad de detenerse en otros menesteres, podía llevárselas por delante si no eran muchas ni muy grandes. En caso contrario, había que realizar una tarea de desmatado previa al barbecho. Los procedimientos eran diferentes según lo cerrado y agarrado del monte. Un método era matochar o arrancar, muchas veces a mano si las matas estaban poco enraizadas y el terreno blando.

"Aquí arrancar el monte no es ir al monte a desbrozar sino quitar el monte que salía en las cercas. Como era chico, se arrancaba con la mano, como no fuera alguna carrasquera."

B. J., FI.

Así, podían arrancarse matas mayores cuando la tierra estaba harta de agua. Por tanto, el tiempo idóneo para este tipo de labores era hacia la época de lluvias, cuando la tierra estuviera húmeda y blanda, y el monte verde (Montoya, 1989:82). Eso no quiere decir que la gente que tuviera necesidad no lo hiciera en cualquier otro tiempo.

“Yo he estao en aparcería arando con dos y entre los dos llevaban un arao, cada uno una bestia y yo mi collera de mulas, yo solo, y el otro que estaba de pico arrancando retamas o matas. Luego eché aparcería con un cuñao mío que era un fatiga cogiendo acituna y quitando monte, y yo en el monte en el verano no podía ir a quitar matas, tenía su hijo y yo le dije que le pusiera lo que fuera, calculamos los peones.”

H. R., Cv.

Este proceso de arrancar a mano era el frecuente también cuando se buscaba a cuadrillas para dejar limpio un pastizal donde hubiese surgido el monte pero no se fuese a laborear. En efecto había fincas en que se buscaban cuadrillas para tal menester. A veces eran mujeres, por ser más barato su jornal, y en algunos casos eran esposas o hijas de empleados fijos de las fincas, como pastores, porqueros,

etc. En otras ocasiones podían ser trabajadores fijos de la finca que no tuvieran otro trabajo en que ocuparse en esos días o que no pudieran hacer el habitual. Así sucedía con los mozos de mulas, cuando no había labor o salía lloviendo, por ejemplo. La lluvia, que al enfangar el terreno dificultaba las labores de reja, hacía que la arranca fuera más fácil al reblandecer el suelo. La recurrencia de mozos de mulas arrancando la hemos constatado más bien en la parte occidental de la comarca, sobre todo en Fuentes, aunque no exclusivamente, y debido quizás al menor laboreo de las fincas. No obstante, se puede constatar en muchos pueblos. Lo mismo podía suceder en alguna finca con algunos *talaores* si el tiempo venía malo. Tengamos en cuenta que no era un trabajo que se considerase imprescindible, aunque sí conveniente, que siempre venía bien, y por eso era socorrido para no desperdiciar la fuerza de trabajo con que se contaba. Por esa misma razón era a lo que alguna vez se dedicaron los hallaos, los jornaleros en paro a los que las autoridades políticas asignaban a las grandes fincas para que les dieran trabajo.



Calabozo

“Yo estaba apuntao a la lista esa de paraos, si no los admitían tenían que pagarles el sueldo. A arrancar matas ahí a esas Buitreras, otros a hacer pared, que trabajo sí que había, lo que pasa que no querían darle trabajo a esa gente así.”

H. R., Cv.

Cuando era monte muy cerrado, lo que procedía era arrancarlo con azadón para luego pasar el arado.

“...[Era] el azaón que se hacía antiguamente, porque aquí se ha descepaó mucho, mucho monte. Se arrancaban tos los años y se sembraba, y la tierra que se sembraba de monte [después de arrancado] criaba más que las otras, y con esas herramientas se arrancaban las matorreras de robles.”

Z.J., Cv.

Si se había desarrollado un tronco de cierto grosor, era preciso cortarlo con hacha. Un utensilio propio del desbroce era el calabozo, herramienta que se asemeja a una guadaña en su forma y función pero más pesada y fuerte, con un brazo de hierro o madera que sujeta por su extremo no a una hoja de metal sino a una pieza curva de hierro con filo.

Cuando se limpiaba una extensión de matorral denso, se hacían *rodeás*, es decir, se iban echando las matas en montones, en lugares más claros de arboleda, y luego se araba el resto de terreno que había quedado clareado, las *colás*. La práctica de quemar el monte, sobre todo el poco útil como combustible o para otros usos, la constatamos en muchos pueblos, desde Fuentes a Calera y Monesterio. En Santa María de Navas, en las abruptas sierras de mucho monte, en el verano, sobre el mes de agosto, se solían juntar los colonos de la fincas para quemar las *rodeás* de todos ellos y ayudarse para evitar la propagación del fuego. El terreno de la *rodeá* no había sido labrado, pero las cenizas lo hacían ya bastante fértil, aportando potasio y fósforo. Las especies que más proliferaban en las rozas eran las más pirófitas activas por excelencia, las *cistáceas* (*jara*, *orgazo*), las más adaptadas a la acción del fuego, por su resistencia y por su capacidad de colonización del terreno tras las llamas. Igualmente el *brezo*, indicador también de degradación de estas pendientes laboreadas y de presencia de rozas, menudeaba en la zona antedicha.



Carga de jaras

El que hubiera que arrancar mucho monte antes de laborearlo era la razón principal para dar esos terrenos a colonos o *pejualeros* (pegujaleros). Aunque en algunos pueblos son palabras sinónimas, en algunas ocasiones aparece esta última denominación más bien asociada a los que habían de desmontar el monte para la siembra. En general, cuando se daba parte de la finca a apareceros, se les asignaba lo peor, cual era el caso de la zona de monte.

“Había un trozo de monte que nadie quería entrar, que quería entrar uno libre de renta, o si no te ponían un cinco, de cada cinco haces se llevaba el amo uno, y si es en limpio de cada cinco cuartillas se llevaba el amo una.”

H. R., Cv.

“Antes le daban a los pejualeros, que yo era un pejualero, y después de arrancar el monte y limpiar la finca le cobraban a la tercera, o sea, que si había tres fanegas una se llevaban ellos y dos pa mí, en limpio. Y en greña también, sí había en greña tres cargas, una pa el amo y dos pa ti, después que de que le arabas la finca, la limpiabas, la arrancabas el monte y la hacías to, a fuerza de mano de azaón. Si alguno te daba un terreno más limpio, más llano, era a medias, que no te lo daban, si alguno te lo daban, a medias”.

A. R., Mn.

“Las fincas eran las mismas las que repartían un giro cada año y le convenía porque le limpiaban la finca, no le costaba na, si había majanos se los preparaban, si había matas se las arrancaban y se ahorraaba to eso, y tú contento porque te daban un cachino que era pa una fanega de trigo o dos de cebá, no era más, pero no había más.”

B. N., Cl.

Una forma de eliminar monte sin pagar por ello era dejar que los trabajadores lo quitaran a cambio del producto. En un caso constatamos cómo los trabajadores limpiaban el monte a cambio del bornizo de los alcornos de la zona que desmontaban.

El destino del monte arrancado era distinto según la especie, cantidad y lugar. Las matas pequeñas de cualquier especie, así como las matas, pequeñas o grandes de jaguarzo, aracepa, tomillo, etc. no tenían apenas uso y se solían quemar. A veces eso sucedía con todo tipo de monte en lugares lejanos y grandes manchas de matorral, como sucedía cuando se hacían las *rodeás*. Pero en otros casos los colonos o *pejualeros* más modestos y los jornaleros llevaban cargas de monte negro, es decir, de quercíneas, así como de jara, retama o escoba para venderlas como combustible, ya fuera en los de las hornos de las panaderías, en los hornos de cal o en los de tejas. A veces eran los dueños de los hornos de cal o tejas los que limpiaban a cambio del monte.

“..tenías que juntar sesenta cargas de monte, de lo que fuera: jaras, olivos, encinas o lo que fuera. Lo menúo lo metíamos to allí, lo gordo no po que tarda mucho y eso lo que quiere es llama..”

M. F., Bd.

Lo transportaban en burro si disponían de él o, si no, a sus propias espaldas. Una carga de leña o monte podía ser un recurso muy socorrido para las economías jornaleras, tanto para venta como para consumo en sus casas, en las candelas, si se trataba sobre todo de carrascos. Como era un recurso que no tenía un interés excesivo para las fincas podían conseguirlo gratis, sobre todo si se tenía una buena relación con los propietarios, guardas u otros empleados. El mayor problema venía cuando se trataba de matorral de quercíneas, bien apreciado por los dueños y por los trabajadores, y hacer alguna carga podía acarrear a los jornaleros grandes quebrantos, tales como denuncias o incluso palizas por parte de la Guardia Civil, al servicio de los grandes propietarios.

“Que la gente iba al monte por una carga de taramas o de leña a escondiche, a lo mejor por Nochebuena pa calentar al Niño que se dice por aquí, y como te viera el guarda te llevaba al cortijo o te echaba la Guardia Civil”.

D. M., Cl.

También como leña para las candelas los jornaleros podían utilizar la de especies como el madroño, allá donde las hubiera, pero no era muy frecuente. Las cargas de monte podían ser para cisco si se trataba de mata prieta, es decir, de carrascos, con los problemas que acabamos de ver. Aunque en ocasiones se hiciera de otro tipo de monte, como jara, era algo harto infrecuente. Este era un uso más propio de zonas de campiña, donde a falta de encinas y carrascos se echaba mano, por ejemplo, de los tamujos de las riberas, cual era el caso de Fuente de Cantos. Para el carboneo no servía el monte debido a su escaso grosor, aunque sí encontramos el caso siguiente:

“Si te daban una senara con mucho roble y merecía, que era regordete, hacías carbón, un cacho boliche. Ahí en Tentudía había un manchón de robles y entonces se descepanaban, de esos había muchos en los pejuales que lo hacían. El carbón pa tu casa o pa venderlo y de encina también, nosotros se lo traíamos a los de la panadería de Calera.”

H. R., Cv.

Los jornaleros que hacían algún boliche podían emplear raigones de retamas si eran gordos. Un carbón muy preciado era también de raigones, pero en este caso de brezo. En la zona se hacía poco y los informantes ubican esta práctica más en tierras linderas de Andalucía, en el Real de la Jara los de Santa María y en Arroyomolinos de León los de Cabeza la Vaca.

“Había un monte que se llamaba brezo que aquí no lo había, lo traían de Cañaveral y Arroyo. Lo arrancaban con una porra que tenían y se iban los herreros pa hacer carbón de brezo pa aviar las rejas y los hierros. Creo que era el mejor carbón, también pa hacer las templas de las hachas, corvos, calabozas... Un cuñao mío se iba con los herreros y otras veces la gente de

Cañaveral y Arroyo lo traían aquí. Los herreros tenían que esperar a esos que venían con el carbón, que traían dos o tres seras.

Según he oído, se hacía haciendo una zanja en el suelo y echaban las porras esas, las raíces, le daban fuego y lo enterraban y se quemaba así. Iban esta tarde los herreros a hacerlo y mañana traían una carga o dos de carbón de ese. Los mejores herreros querían de ese, hasta que llegó el otro carbón y la gente las cosas esas viejas la dejan toas, como la agricultura”.

H. R., Cv.

Ahora bien, el matorral tenía también una importante función en el carboneo, no cómo combustible pero sí como elemento para el proceso de combustión. Nos referimos al uso del monte para cubrir la madera y soportar la tierra, para *enchascar*, como vimos. Esta *chasca* podía ser del matorral que hubiera a mano, jara, jaguarzo, helechos, etc.

Esta función de recubrimiento también la cumplía el monte con relación a la construcción y, así, de monte se vestían las chozas, *chozones*, *zahurdones* o las majadas terrizas, para lo que eran muy valoradas especialmente, aunque no sólo, las escobas. Las ramas de madroñera, al ser fuertes, también se empleaban antiguamente en la construcción de algunas de las casas más humildes, al menos en Santa María, como sustituto de las tablas que se colocaban sobre los maderos para sujetar las tejas.

Las escobas y aulagas servían asimismo de bardas para paredes de tierra, tanto en el campo como en el pueblo. De escobas se hacían igualmente las mamparas para el ganado, como las ovejas y cabras, y se hacían escobajos para barrer, para lo cual también se empleaban los tamujos y la clavellina o culivieja.

“Se cogían tamujos, que se hacían escobas. Se cortan con un calabozo por abajo y se pelan hasta cierta distancia, le quitas los pinchillos y haces el manajo poniéndolo recto y lo haces como un escobón. Hay que cogerlos cuando no están floreciendo, secos.”

G. P., Mn.

Se empleaban también las escobas como sustitutos de las cuerdas para atar los haces en la siega. En algunos pueblos era con lo que se chamuscaban los cochinos en la matanza, pero en otros se usaban aulagas.

“Las escobas pa la candela y pa chamuscar los guarros. Por este tiempo [agosto], que se secaban, las arrancabas tres o cuatro cargas y las metías en el doblao. Pa amarrar chochos también se usaban las escobas, con dos o tres ramales nuevos se amarraban escobas y hacías un vencejo”.

C. M., Bd.

Aulagas y escobas se usaban como encendaja, como el combustible primero y que ardía más fácilmente, que se ponía debajo o delante de la leña y al que

primero se le daba fuego para encender las candelas de las casas. La aulaga también servía para formar los prados que se hacían en el suelo de los corrales y en los que se soleaba la ropa blanca de la colada, antes de generalizarse el uso de la lejía.

En Santa María nos dicen que en algún caso se usaban los helechos para envolver los quesos frescos cuando los llevaban en bestias a venderlos a otros pueblos. Además de para enchascar, los helechos tenían otros usos:

“Los helechos pa las paseras³⁴, una camá y luego un montón de palos encima, aceroneras [de aceroneso acederones], que si no se cortan son largas y se le ponía una camá a la pasera que eran cuatro estacas, unos palos atravesaos, una miaja de monte encima, y aceronos o helechos.”

S. F., Fl.

La zarza se combatía rozándola pero sus frutos, las moras, las cogían como golosinas los niños. A éstos se les asustaba para evitar que comieran *revientabueyes*, las bayas que producen los rosales silvestres. La *aracepa* se usaba cocida como medicina para bestias y la torvisca tenía además un efecto repelente y antiséptico, por lo que era indicada como una suerte de collar contra las pulgas de los perros, o para atar la capadura del ganado.

“La torvisca es un monte que hay que hace usted cuerda de ellas, coge así la parte y tiras y sale una cuerda y con eso se amarraban muchas cosas. La cáscara larga la cortas y haces así, con eso me amarraba yo los chivos y me los ponía yo en el hombro. Eso es mu duro, llegaba allí y las tiraba y mañana si hacía falta cogía otras... hay muchas matas p’ahí sueltas”.

C. J., Mn.

Bastones se hacían de las adelfas, que tienen un palo recto, y con la cual también se hacían vencejos para atar haces, por ejemplo de heno. De los acebuches se hacían buenos y duros bastones y, sobre todo, porras como las de los vaqueros. Los *galaperos* tenían interés para los árboles frutales, ya que debido a ser un peral silvestre, rústico y fuerte, en él se injertaban otros frutales para hacerlos salir adelante. Debido a la aspereza del *galapero*, convenía volver a hacer posteriores injertos en el árbol para dar una fruta que no fuera recia al sabor.

Como uso alimentario tenemos el de la tila en infusiones, buena para los nervios. Un condimento habitual lo constituían distintas especies de labiadas aromáticas, cual es el caso del tomillo, *tomillo salsero*, romero y orégano.

“... orégano pa aceitunas que se cogía en agosto también. Venían de Arroyo y de Fuentes a esos cerros. También tomillo salsero que se usa. Es pareció al otro tomillo burriquero y al orgazo, la jara cervuna pa las causas de un bicho. Hace poco tiempo se me saltaron las cabras y a unas las mordió una cabra y se le da con eso cocío, la jara en la candela y se usa el agua, el caldo pa lavar

(34) Se refiere a los lugares donde se ponían a secar, como se verá en el capítulo correspondiente del segundo volumen.

esa causa y cicatriza. Una causa es una mordía o un desollón. Hay personas que también se lavan con eso, que yo se lo traído, pa eccemas...A otro que se pone la piel mala y siente alivio. También se coge tila...El romero también lo usan cocío pa el pelo, pos si tienes enfermedad, otras que si tomao pa el colesterol, son medicamentos que se dicen de unas a otras”.

H. R., Cv.

“El orégano que se cogía en agosto pa los guisos, pa las acitunas. La yerba manzanilla se coge la flor pa el dolor de barriga y eso. El té de campo en las cumbres, unas flores amarillas cocías como la tila.”

G. P., Mn.

Finalmente, por espárragos trigueros o blancos iban los jornaleros al campo, sobre todo para consumo en sus casas, aunque algunos los vendieran. También algunos ganaderos podían coger los que se encontraban cuando iban con el ganado. Los espárragos *de caña* o *rabiacan* también se comían.

2.2.3. Los pastos

Los pastos constituían un recurso esencial de la dehesa, toda vez que de ellos dependía básicamente el sustento de la ganadería, el uso principal de la dehesa. Otros recursos venían a complementar la alimentación del ganado pero la base de la dieta ganadera eran las hierbas. Esto era especialmente claro en el caso de los rumiantes pero aun el cochino, que no comía el pasto, se mantenía durante parte del año con las hierbas.

El valor de las hierbas en las dehesas extremeñas ha sido indudable históricamente, como lo demuestra el interés por ello de la Mesta y sus luchas por mantenerlos, en detrimento de otros aprovechamientos del territorio. El adehesamiento, literalmente, nos está hablando de acotamiento para pastos. La vocación y uso pascícolas de estos terrenos vienen dados por las propias condiciones de suelo y clima, principalmente por lo primero. En efecto, el escaso desarrollo y la acidez de los suelos limita severamente el uso agrícola, no permite un gran volumen de producción y un laboreo continuado, de ahí la necesidad de descanso de la tierra y su dedicación a pastos durante ese tiempo. El pastizal es una solución productiva, a medio camino entre la juventud de los cultivos herbáceos y la madurez de la arboleda, que brinda unas cantidades discretas pero relativamente constantes de materia vegetal que sólo el ganado puede aprovechar transformándola en proteína.

En nuestra zona, las antedichas constricciones edafoclimáticas hacen también que los pastos, aunque básicos para la ganadería, sean de una riqueza relativa, sobre todo comparados con los de otros lugares, como por ejemplo los de los prados atlánticos, representadas en España por los paisajes ganaderos del Cantábrico, o los de las grandes praderas de los diversos continentes, de pastos cerrados y altos. A la oligotrofia de los suelos se añade la coincidencia de altas temperaturas estivales y ausencia de lluvias, que provocan un estrés hídrico y que el prolongado verano constituya un auténtico embudo, un parón para el ciclo de la

vegetación. Un segundo parón, aunque menor, sería el provocado por el frío invernal. Como respuesta a todo ello, las plantas desarrollan mecanismos diversos de adaptación y, así, tenemos que proliferan las especies anuales, que completan su ciclo entre la llegada de las lluvias otoñales y la sequía estival. Si a ello unimos el carácter ácido de los suelos tendremos por tanto plantas de escaso porte y pastizales agostantes y fugaces, con poco valor alimenticio del pasto reseco en verano. Son pastos abiertos, de débil producción, muy estacionales y con puntas de producción en primavera y otoño (Montoya, 1989:47).

Ahora bien, como sucedía en la dehesa en su conjunto, las limitaciones productivas se contrarrestaban en parte con la diversificación. Si a las constricciones de la zona se oponía la existencia de distintos agroecosistemas y si dentro de la dehesa se articulaban diversos usos productivos, también dentro de uno de ellos, cual es el pastizal, la diversidad funcionaba como estrategia para estabilizar la producción y dotar a las fincas de recursos estratégicos. Así, un elemento que introduce diversidad en los pastizales es la orografía, que crea diversos espacios y microclimas, hábitat de diferentes especies. Otro elemento crucial es la existencia de árboles, que también modifica la composición y fenología del pastizal. Elementos de menor cuantía para esta diversificación son también la piedras, el matorral si lo hubiere y los excrementos del ganado, con efectos diversos sobre la composición del pastizal o la absorción del agua. Por centrarnos en los elementos nodales de la dehesa, en la arboleda de quercíneas, la protección de la ramas y el aporte de materiales hace que en torno a los troncos y la copa de los árboles proliferen especies distintas a aquellas del pastizal abierto y que varíe la fenología de los pastos, por ejemplo creciendo más en tiempo frío u otoñando antes y agostándose más tarde, con lo cual devenían un recurso estratégico para el ganado ante la escasez de alimento, sobre todo en verde, en ciertas épocas (Montoya, 1989:65-69; Llorente, 1985:127-129). En general, suponían una mayor estabilización de la producción de biomasa, tanto intra como interanual.

No obstante su importancia estratégica, la presencia de árboles siempre suponía competencia para el desarrollo de las hierbas, de ahí que fuera menos denso el pastizal junto a los árboles, aunque con matizaciones.

“Si están los árboles más separaos tendrá más yerba la tierra y más junto menos y de menos alimento, porque el árbol chupa [...]. Si estaban espesas las encinas criaba menos yerba, si están claronas a lo mejor ni la mataban siquiera.”

M. F., Cl.

“Los árboles son árboles viejos que crían por debajo como si tal cosa, no es como cuando hay chaparros y plantas nuevas que esas son las que comen. La encina grande ya quita poco del suelo, más bien cría debajo de ella. Sale el mismo tipo de yerba debajo de las encinas que en el resto.”

M. M., Bd.

El ejemplo más claro de todo ello era el caso de los alcornoques, o al

menos de ciertas masas de alcornocal muy denso que se daban en la comarca, en que las copas de los árboles podían llegar a tocarse. El valor pascícola de estas tierras era, por tanto, muy bajo.

“Era alcornocal y como están tan juntos da mucha sombra y no criaba na de lo que se le echaba. Hubo un tiempo en que vino uno producto que se le echaba al campo, el trébol, y luego eso ya se dejó, que ni el trébol entre los alcornocales servía pa eso, mucha sombra y la sombra no cría. Pasto no cría ninguno, eso por supuesto. Si cría son cuatro pelinos de yerba que eso no pinta na, de yerba y eso. Si van a estar los alcornocales claros pos sí, pero tupíos...”

D. A., Mn.

Como hemos dicho, el matorral también tenía importancia en la composición del pastizal. Si por un lado suponía una detracción de espacio para la producción de hierba o algunas especies tenían efectos alelopáticos y acidificadores (señeramente las cistáceas, el monte, o algunos ejemplares sueltos), sin embargo podía ayudar con funciones parecidas a las predicadas para la encina, tanto protegiendo de heladas y creando ciertos microclimas en torno suyo, que permitan un pronto brote, como haciendo posible el consumo por el ganado, por ejemplo en las mañanas de helada. Una de las especies más alabadas era la retama, y una de las causas de esta consideración estaba en que por su protección y por su aporte de nitrógeno crecerían a su arrimo algunas especies herbáceas y se adelantaría la otoñada.

El ganado era otro elemento crucial en la conformación del pastizal adhesionado pues el diente del ganado y su aporte de excrementos modificaban las praderas. Su apetencia por unas especies y no por otras suponía una selección, condicionaba su presencia y número. El momento en que los animales consumían las especies también condicionaba su ciclo. La sobreexplotación tenía consecuencias sobre el suelo y sobre el tapiz vegetal. Por ello conviene resaltar que no estamos ante estratos herbáceos naturales, no transformados o modificados, ni por la acción antrópica ni por los animales, sino todo lo contrario. Los excrementos del ganado suponían un aporte a las praderas y la ordenación racional de este proceso de esterco conformaba prados singulares, como es el caso de los majadales de la oveja, de los que se habla en distintos apartados de este libro.

Junto con el pastoreo, la intervención antrópica que más modificaba el pastizal era el laboreo, por la drástica transformación que suponía su eliminación temporal y el rompimiento de la estructura del suelo. La labor, junto a la roza y el pastoreo, eran los que hacían posible el herbazal, frente a la tendencia al retorno a estadios de mayor madurez en las series de degradación. El laboreo contribuía a frenar el embastecimiento de los pastos y a hacer proliferar en cada giro especies distintas. Suponía detraer espacio a los pastos, pero también los favorecía por todo lo que acabamos de referir y por la introducción de leguminosas que contribuían a fijar nitrógeno. Con el laboreo se frenaba la madurez, pero se aireaba la tierra, se hacía más porosa, más apta para tomar agua y oxígeno. En un primer momento aparecerían especies colonizadoras y frugales para más tarde prosperar las de mayor interés pastoral, antes de tender de nuevo al embastecimiento, frenado por nuevas

roturaciones. Sobre estos efectos del laboreo nos alumbran los informantes:

“Siempre labrando la tierra echa mejor yerba. Después de sembrar sale yerba de toas clases, más basta, jaramagos, argamulas, muchas de esas bastas, que labrando sale más de esa basta. El posío fino es el que lleva ya más años y echa yerba más finas como trébol y de eso, y esa es mejor, la más fina.”

M. M., Bd.

“La yerba lo que la hace buena es el ayudarle con estiércol o con abono y luego la labor, que esté labrá, porque si una tierra la dejas sin labrarla no echa ni comía, echa unos hilinos que eso no vale pa na. Las tierras se deben labrar pa que echen comía, si no cada tres tres años, cada cinco o cada cuatro, esa es la comía buena.

Si se araba, los mismos bichos te decían la mejora, se tiraban allí porque aquella yerba estaba más dulce o no sé, además se veía mejor yerbuno, se veía una mejoría. La que no esté labrá sólo tiene pelino de rata, ni la yerba crece siquiera. Hombre, hay tierras que son buenas que no habrá que estudiarlo en ningún libro, y pueden con to. Esa tierra buena, si se labra todavía lo hace mejor, se cría mejor, a pesar de que no le hace falta na. La tierra yo creo que toas se debían labrar cada cuatro, tres, cinco, según se va pudiendo, que otras se han pasao veinte años y no se han labrao.”

M. F., Cl.

“Los rastrojos crían mu buenas yerbas y se dejaban pa la primavera, antes de pesar los borregos, pa que pusieran.”

G. J., Pl.

Además del efecto sobre las hierbas de los posíos o *eriazos*, que de ambas maneras se llama a las tierras que se dejan descansar tras el cultivo, una cuestión interesante era la de las hierbas que surgían en los barbechos, en los espacios que se roturaban en invierno como labor previa de preparación de la siembra en el otoño siguiente. Las labores de reja en estas hojas inhibían el surgimiento y desarrollo de la hierba pero, no obstante, alguna que otra, más bien poca, crecía. Este era el caso de algunas hierbas de sitios con cierta humedad, como de la enredadera, grama, verdolaga, etc., hierbas de verano muy apetecidas por los animales, sobre todo si se tiene en cuenta que están verdes cuando el resto del pastizal se ha agostado. De todas formas hay que tener en cuenta que esta hierba era poca.

“Los barbechos se ponían mu verdes, pero eso era en las tierras gordas, en las campiñas de Fuente Cantos y eso donde iban de agostaero, aquí no.”

G. J., Pl.

Además de los efectos del arbolado, matorral, pastoreo o laboreo, los factores

más importantes para la diversidad en la cantidad y calidad de pastos eran los geográficos, relacionados con la existencia de suelo y con la humedad y temperatura. Así, encontramos grandes diferencias entre las dehesas de las zonas más frescas de la comarca y las más áridas, por ejemplo entre la zona oriental y la occidental, o en un mismo municipio entre el norte y el sur, cual es el caso de Montemolín. Las precipitaciones, relacionadas muy estrechamente con la existencia de macizos montañosos son cruciales en todo ello. En el sur de España, y en concreto en Sierra Morena, hay un gradiente de descenso pluviométrico a medida que nos desplazamos hacia el este. Las masas de aire húmedo provenientes del Atlántico van descargando lluvia a medida que tropiezan con relieves accidentados, de tal manera que al llegar al oriente han dejado gran parte del agua en las serranías occidentales. Es por ello que en la zona de Fuentes de León, la más próxima a la sierra onubense, más fresca que la extremeña, y más avenada por arroyos y barrancos menos cicateros en caudal que los de la parte oriental, encontramos pastos de mayor desarrollo que en otros lugares³⁵. Todo ello influía en la composición de la cabaña ganadera y en los ciclos de manejo de las distintas especies, siendo Fuentes de León el pueblo de la dehesa más singular y llamativo, con supresión de la cría de cochinos, poco laboreo, escasa presencia de la oveja y gran proporción de vacas, precisamente por la riqueza de los pastos y por su altura. Las precipitaciones, en torno a los 900 milímetros, explicarían todo ello.

También encontraríamos terrenos más frescos en la zona del macizo de Tentudía (Calera o Cabeza), al ser lugares más altos y de mayores precipitaciones, como también sucedía en el sur de término de Monesterio y hacia Santa María, vecina de las elevaciones sevillanas. La práctica de la siega del heno en todos estos sitios nos identifica claramente las condiciones del lugar y la presencia de pastos de cierta enjundia y porte. Pero, aparte de los grandes espacios a escala comarcal en cuanto a producción de pastos, también encontramos diferencias a escalas menores, dentro de los municipios y aun dentro de las propias fincas.

Las condiciones particulares del terreno, el relieve y la presencia de diversos accidentes geográficos, como ríos, arroyos o barrancos, daban lugar a la delimitación por parte de las gentes de unidades espaciales que eran también unidades de manejo (y de pensamiento), que llevaban aparejada información sobre sus características productivas e instrucciones u orientaciones de manejo y así tenemos llanos, cerros, umbrías, solanas, vegas, cañadas u *ojetales* (Acosta, 2000b). Todos ellos mostraban singulares aptitudes para los diversos usos productivos y, concretamente en lo que ahora mismo nos ocupa, para la producción de pastos.

En igualdad de condiciones, en las zonas llanas el suelo es de más desarrollo, y por tanto de mayor producción, como nos insisten en Calera:

“Por el terreno de sierra aquí es casi to igual, de aquí pa abajo es mejor, de la bajá de Tentudía p’acá los pastos son de mucho más alimento, tos. En la sierra el pasto y la yerba son mu flojos. En la zona alta sale yerba buena y más mala y de aquí p’acá siempre hay mejor yerbuno, to el pasto de aquí de los olivares y to eso son mejores pastos que los de la sierra y hay olivos en la sierra

(35) En este sentido, el propio topónimo de Fuentes de León se aviene con las condiciones ecológicas de la zona, y la importancia del agua. Tampoco es casual el topónimo de la lindera Arroyomolinos de León.

también, pero estos de aquí son de mucho más alimento...”

M. F., CI.

Para empezar a hablar las unidades espaciales, comenzando por las solanas, hagamos una consideración previa, acerca de la mayor calidad de las hierbas soleadas con la ayuda de esta cita:

“La tierra de Ardila pa labor es mala, es buena pa ganadería porque además tiene mu buen yerbuno, yerba mu buena, de mucho alimento, esa yerba alimenta tanto como la avena, yerbas mu buenas porque están mu soleás y mu bien. No es la misma que la de los chaparrales, digamos, aquí la de las encinas, que es una yerba mu ligera porque está mu batía y es una yerba mu floja.”

M. F., SI.

En general, las hierbas soleadas se consideraban mejores, con más alimento que las de las zonas arboladas y las umbrías, aunque estas últimas pudieran tener mayor porte, debido a la humedad y el contenido en agua. En cuanto a las diferencias entre solana y umbría, un refrán de la zona nos dice: *a caer que te pongas, ponte de solana porque en la umbría canta la rana*, insistiendo en que para cualquier cosa es preferible la solana, lo cual no es del todo cierto pues las zonas más frescas tienen un valor estratégico fundamental en determinados momentos, por ejemplo por el agostamiento más tardío o como microclima fresco en ambientes calurosos.

“La yerba de solana está mejor que la de umbría porque tiene más alimento, está más dura, más al sol, como está más al saliente y el ganao le tira más...Lo dicen los animales solos: hay un día frío, en una umbría no esperes los bichos, como no sea que haga mucho aire del lao de la solana y se van a la umbría, pero la solana está al saliente y los bichos buscan el saliente. También hay yerba de umbría buenísima.”

M. F., CI.

Ya sabemos que en las zonas de pendiente predomina el arrastre y lavado pero, como nos dice este informante, también hay condiciones microtopográficas que pueden modificar este principio general.

“Según, hay veces que el de más arriba es mejor que el de más abajo, y otras al contrario, depende del tiempo. Si llueve mucho, lava la corriente de arriba y tos los estierquecillos y eso corren abajo y si no llueve mucho la parte de arriba se conserva mejor.

M. M., Bd.

No obstante, es en las zonas más llanas y más húmedas donde podemos esperar encontrar mejores pastos. Estas serán las cañadas y los *ojeros* u *ojetales*. Las cañadas son vaguadas, zonas bajas flanqueando cursos de aguas de distinta envergadura que participan de las ventajas de la acumulación de materiales provenientes de las pendientes que en ellas convergen y que, además, tienen cierta humedad, la que les proporcionan los cauces a los que acompañan. Aquí se dan

hierbas de cierta calidad y desarrollo y en ellas surgen los *praos* o *plaos*, que no son otra cosas que esos espacios donde aparecen hierbas de cierto porte y densidad, de gran verdor y, en muchos casos, más tempranas que el resto del pastizal debido a la presencia de humedad. No obstante su gran valor pascícola, había que tener mucho cuidado con ellos pues al ser muy apetecibles para el ganado podían provocarle problemas debido a un consumo compulsivo y excesivo, dando lugar por ejemplo a la enfermedad de la basquilla.

También de gran importancia pascícola eran los *ojetales* u *ojeros*, llamados también en algunos pueblos *salmorales* y, en otros lugares de España, *entrepanes*. Se refiere con ello a las zonas encharcables, donde prolifera hierba de diverso tipo y especies como el junco, el *zurzón*, el poleo y el maestrantero. Además de la humedad propia del lugar hay que señalar también el carácter a menudo abierto del espacio, ya que el efecto vaguada hace que los árboles se retiren un tanto de estos sitios, con una humedad excesiva para ellos. Aquí, además de mejores condiciones para la hierba, para su calidad, hay que resaltar también el valor estratégico de un nacimiento temprano y un agostamiento más tardío. En torno a los cauces, aunque no necesariamente en *ojetales*, se criaban especies tales como juncia, *masiega* o grama, de cierta altura, y por tanto muy apreciadas por las vacas y que además tenían la ventaja de que en algunos casos mantenían su verdor durante el verano. Muy importante por ello era una especie como la grama, en este caso rastrera. Las ovas se desarrollaban dentro del agua y las podían aprovechar las vacas, como sucedía por ejemplo por la zona de Bodonal.

Pero los pastizales más productivos de la dehesa eran los majadales, los terrenos estercados por la pernoctación de las ovejas, que daba lugar a pastos cerrados que, aunque de escasa altura, eran de gran valor nutritivo. En ellos aparecían hierbas como el *carretón*, la *lengua de vaca*, la *cerraja* y los *tenedores*, *segadores* o *picos de cigüeña*, consideradas hierbas gordas y buenas. Los majadales tenían la gran ventaja adicional de ser los primeros en dar hierba, con las primeras gotas del otoño. Más adelante, en la primavera, estas especies tempranas daban paso a otras más tardías pero igualmente buenas. Los majadales eran muy apreciados por los cochinos pero no así por las ovejas, que los evitaba en lo posible.

“Se deja pa majadal pa los cochinos muchas veces, se comían mu bien esa yerba. Majadal es donde ha estao la red de las ovejas puesta y cría una yerba estupenda y se la beben los cochinos, y tos los bichos. Eso lo dao era que se araba pa que no se corriera la tierra, pero muchos que no lo podían arar lo dejaban así y se hacía un yerbazal que los cochinos se lo comían mu bien. Hoy la red se queda ahí y mañana noche se muda p´ acá tal como va. Echa un yerbuno mu bueno, una lechuguilla que es una clase de yerba que se la comen los guarros mu bien. Echaba también como carretón, que mejora con el estiércol como con el abono de hoy. Cabras y ovejas no se lo comían como el guarro porque le olfa a estiércol y el cerdo se aprovechaba más. Si se ara no se corre, por las tormentas y eso, porque como estaba bien el estiércol es enterrao, no encima de la tierra, pero había muchos que no lo araban porque no le vagara o por lo que fuera y se quedaba allí. La oveja se ponía pa que se calentara la tierra pa el año siguiente sembrarlo, no pa guarro, pero si había guarros, solos se iban allí, tiraban allí porque aquella hierba sería más dulce. Casi siempre

se sembraba de trigo, vena forraje o lo que fuera. Se llama majadal porque está estercao. Se le llama también a una casa donde está el ganao alreó y esté to mu estercao y los cochinos tiran ahí.”

M. F., Cl.

El aprovechamiento de los pastizales lo hacían a diente los animales, bien los de la propia finca o bien de fuera en el caso de los arriendos de hierbas y pastos que, aunque no eran muy frecuentes, también se constatan. Ahora bien, una práctica muy singular pero limitada geográficamente dentro de la comarca era la siega del heno para ser almacenado y suministrado a los animales en tiempo de escasez de pasto. En efecto, para poder segar heno se requería que la hierba fuera de cierta envergadura, cosa que sólo se daba allá donde las condiciones de suelo y, sobre todo, de humedad lo permitiesen. Aunque en todos los pueblos pudiera haber alguna parte de una finca con alguna aptitud, siquiera mínima, para segar algo de hierba, la siega del heno con guadaña tenía cierta relevancia sólo en algunas localidades. La evidencia de ello es la ausencia de guadañeros, de gente que supiera o se decidiese a segar heno con guadaña, en gran parte de la comarca. Los guadañeros y la siega del heno los encontramos sobre todo en los pueblos entorno al macizo de Tentudía y en la parte occidental de la comarca, donde las mayores precipitaciones por las mayores elevaciones y la ubicación hacia el oeste creaban las condiciones de humedad requeridas. En otros sitios, por ejemplo, en el Sur de Monesterio, entorno a Santa María, la práctica tenía lugar en alguna que otra finca de la zona de sierra.

Además de la existencia de hierba de buen porte y calidad, lo imprescindible en el mundo del heno era contar con guadañeros pues, como nos repiten las gentes, cualquiera no sabía segar heno ya que se requería gran pulso y precisión en el corte. La mayor cantidad de guadañeros la encontramos en Cabeza la Vaca, de donde eran los más afamados, como nos dicen en Calera:

“Había pocos segaores de heno aquí, en Cabeza la Vaca sí, los hay que afeitan, allí son segaores.”

M. F., Cl.

De todas formas habían buenos segadores en Fuentes de León y también en Calera, Segura o Bodonal. En todos esos lugares también había pequeños propietarios que segaban heno con guadaña para sus animales. Como se adjunta en el anexo, algunos guadañeros se desplazaban a segar a otros pueblos de la comarca, y así encontramos gentes de Cabeza, Calera y Segura en los pueblos de la campiña segando leguminosas e incluso en pueblos de la Sierra de Huelva, como por ejemplo Higuera de la Sierra. A veces lo que hacían en los lugares donde no había mucho heno era segar las eras, de pasto muy fino.

“Aquí había más segaores de guadaña que de hoz, porque se utilizaba más la guadaña que la hoz, pero también había bastantes que segaban con la hoz y esos eran los que se iban a la siega. Si sabían segar de las dos formas se iban también a esos sitios, como el heno se siega antes que el trigo, la cebá, la vena y toas esas cosas pos aprovechaban aquí la siega de la guadaña y

luego se iban a la siega de la hoz.”

B. J., Fl.

No eran tos segaores de heno, con la hoz segaba casi to el mundo, pero con el heno no, eran señalaoos con el deo. Yo aprendí tos esos oficios porque en los sitios donde estaba se segaba heno y con la hoz, menos con maquinaria con to, y los tuve que aprender.”

H. R., Cv.

Por el dominio que se requería del oficio, y en los lugares de poca siega por lo escaso de los especialistas, los jornales de guadaña eran altos y hasta en algunos casos solían complementarse con otra retribución en especie, la comida, que había de ser consistente para un trabajo tan duro, como nos dicen en Santa María. Pero no en todos los casos era así, sobre todo donde había muchos guadañeros.

“Los guadañeros iban a jornal, na de comía, y de sol a sol. Se iban diario a casa con el burro y hasta que no se pusiera el sol había dueños que “todavía hay sol, todavía se ve”, pa sacarle la pringue al más desgraciao. Aquello era una desgracia.”

B. N., Cl.

El heno se comenzaba a segar una vez estuviera la hierba bien granada, cuando comenzaba a amarillear, a arrepentirse, como decían en Santa María de Navas, cosa que solía suceder hacia mayo o últimos de abril.

“Si el terreno era más cálido se venía antes, porque la yerba se va más pronto. Cuando la yerba se ponía amarilla entonces se segaba el heno, que tuviera semilla porque la alimentación del heno es que la semilla de la yerba no se caiga y si dejas que se seque se le cae la semilla, y el pasto y la semilla es lo que alimenta al bicho. Veías tú a una vaca que comía heno y cagaba y en la cagá salía una cantidad de hierba y decías “mira las semillas del heno”. Claro, la semilla la rumia peor, siempre está allí. El carretón es el que tiene una porretilla más gorda, pero en la demás hierba la semilla es una mijina na.”

B. N., Cl.

Aunque en la fincas pequeñas se pudiese segar algo de hierba con hoz u hocino de los sitios donde la hubiera mejor, y siempre en poca cantidad, los lugares destinados a la producción de hierba para segar eran las *heneras*. En algunos lugares había espacios, cercas, destinadas preferentemente a la siega del heno y el nombre de *henera*, que aun persiste como topónimo en algunos casos, nos indica hoy su antigua dedicación. En otros casos, se hacían guardados, lugares vedados al diente del ganado a partir de un determinado momento, por ejemplo enero o febrero.

“... es como una calvera y hay sitios que siguen teniendo el nombre de henera porque casi siempre se dejaban pa eso porque criaban mejor yerba y estaban

destinás a eso. La mejor yerba era la uñilla, el carretón, el corniche, pero esa se criaban no en tos los sitios, el carretón que se criaba en las tierras de más cuerpo. P´arriba [sierra] se criaba poco eso, uñilla sí. Tenías un cachito de cercao yerbero, allí se reservaba pa segar un poco de heno pa el avío. Se segaba con la guadaña, que se segaban en los barrancos tos.”

C. B., Cv.

“Se segaban el trigo y la cebá para trillarlo y el que tenía tierra buena dejaba un trozo pa heno porque era un llano o tierra fresca y echaba mucha hierba y lo dejaba pa henera tos los años el mismo. No había heno más que de yerba, que hoy tienes de verza que entonces se trillaba porque valía dinero la verza y la paja. En la henera se dejaba porque la tierra echaba mucha yerba, mu encarcá [tupida], yerba buena, que estaba mu apretá una con otra como si lo sembraras, como si fuera un cespel. La henera criaba yerba fina, basta...”

B. N., Cl.

“En aquellas fechas se dejaba heno, tos los que tenían algo dejaban un trocito pa heno. Siempre dejaba un cachito de lo mejor, heno de posío, de yerba, entraban los bichos y lo guardabas en marzo ya pa heno. Que veías que te sobraba, pos guardabas otra cerquilla más. Se llamaba henera, unas veces en un lao, otras en otro, dependía de que te cayera mejor o no.”

M. M., Bd.

Se procuraba que fuesen espacios sin irregularidades para la guadaña y sin piedras, que estuvieran lo más limpio posible, por ejemplo de piedras y chinós, para lo cual se podía hacer eliminarlas, si no todos los años, al menos de vez en cuando.

“Toa la vega buena la dejaba el tío pa heno. Metía los bichos...Ese terreno es el que más yerba echaba en la finca, incluso le quitaban las piedras pa cuando fueran a segar que no se tropezaran con piedra. Vas haciendo un montón y cuando vayas con la guadaña no tropiezas con ninguna. De la otra forma mellas la guadaña. Ya estaba despedrao y llano, que entonces en las fincas grandes había muchísimos y como segaba con guadaña tenía muchos peones de siega de guadaña.”

B. N., Cl.

Lo fundamental de la siega con guadaña era saber dar el corte, sobre todo cuando se tratase de hierba o pasto fino, pues de no tener un orientación muy precisa, la hoja no cortaríase o se emplearía gran cantidad de trabajo y energía para casi nada. Las gentes insisten en la cuestión del pulso y la habilidad, llegando a llamarlo arte.

“La guadaña [es] saber cortarlo, eso es oficio de arte, de aire, más que de fuerza. Darle más o menos aire es el arte que hay que tener, eso tiene que ir cortando por su peso, eso es pareció a los toreros, cuando está haciendo la crónica del tío del toro, que lo lleva templao, que lo lleva suave, que no le pega tirones, pareció a la guadaña, que coja aire y no pegarle el hachazo, que desde

la punta vaya entrando en el pasto, vaya ya cortando hasta que llegue atrás, eso es darle aire. Hay muchos que se pegan la pámpana, se revientan, cortan menos y siegan menos. La altura abajo to lo que se pueda. Irla defendiéndola también, alguna piedra, algún palo, lo ves cuando la llevas p'atrás, antes de darle p'alante, cuando la llevas p'atrás es cuando hay que... le pasas la guadaña al pasto, lo primero es que lo acamas p'allá y lo segundo es que has barruntao si hay alguna piedra o algún palo. El que no... no tentea lo que hay por delante y cuando viene le pegas el viaje y ya le hiciste una mella a la guadaña, o le doblaste el filo y otra vez a la yunque, y si te tienes que aguantar allí, porque no vas a estar a ca na a la yunque, tendrás que ir cuando vayas a fumar, y ya sabes a las que cabes, que no corta la guadaña na, se te agarra el pasto, te tira y no va aquello como tiene que ir. Por eso te digo yo a ti que es cosa de arte."

C. B., Cv.

"Luego, había gente que sabían meterle el pasto a la guadaña, si le metías mucho el que no sabía metérselo lo tumbaba, no lo cortaba, y otros le meten y se lo van llevando. Siempre hay que buscar a lo contrario [del pasto]. Hombre, si viene algún cachino no vas andando... pero siempre buscabas cómo venía el pasto, cómo estaba, si estaba derecho o estaba acamao o pa ónde estaba. El pasto acamao era peor, porque es mu raro que esté acamao to pa un lao, a lo mejor está arremolinao, y estando derecho viene to bien."

"Hay pastos de muchas maneras, aquí mismo en Fuentes hay unos pocos de sitios que los segaores [de guadaña] no van a segar, porque al pasto ese hay que decirle «aquí estoy yo», hay algunas cañales p'ahí... que el pasto lo dejas to atrás, has cortao una miaja y ya está, se pasa y no lo cortas, ese el que sabe segarlo le mete el primer viaje y la miaja que le has cortao lo coges con la guadaña y se lo echas encima, le pegas otro viaje y se lo echas encima, como el otro ya le pesa ya lo cortas, ya no se mueve porque lo has ido cargando. Y no meterle mucho a la guadaña, si le tienes que meter dos deos, na más que le puedes meter uno, de la guadaña, el pico una miaja, cogiendo de alante y atrás. Si el pasto es bueno, basto o que se corta bien le metes allí y se lo lleva to. Aquí había mu buenos segaores, ya no..."

B. J., Fl.

"[...] cada hierba tiene su corte. Esa fina hay que darle mucha pica y un poco de más aire a la guadaña, más movimiento, que se mueva con más clase, no como la otra que vas tirando, peinándola la yerba cuando va la guadaña p'atrás, pa que caiga la yerba y luego la cortas mejor. Esa del trébol y garabatillo se te viene a pegar a la guadaña y en vez de correr se pega a la guadaña, hay que darle con menos gracia, como si fueras tirando de ella. Lo acamao, si está pa ese lao, te ponías detrás y se iba de primera, a la contra."

M. M., Bd.

Al segar se iba dejando una suerte de cordones, se iban haciendo unas hileras, llamadas *baraños* o *maraños*, por lo cual los guadañeros se colocaban en paralelo, pero uno detrás de otro, de izquierda a derecha, empezando primero siempre

el de la punta izquierda, el más adelantado.

“Vas dejando un cordón recto to y los pies del guadañero se van quedando clavaos por detrás y el baraño de heno va derecho. Cuando había dos o tres guadañeros, pos si uno segaba más, el tío aquel iba delante, pero si caía detrás de uno que segaba menos le decía “espabílate. Si yo no puedo más” porque había tíos que segaban mucho.”

B. N., CI.

En la corta del heno una cuestión importante era picar la guadaña, preparar el filo de la herramienta para que cortara bien, cosa que había que hacer de cuando en cuando mientras se segaba y para lo cual se utilizaba una herramienta que unos llaman el yunque y otros la yunque, además de la amoladera:

“Tenían un yunque y lo ponían en la tierra y se ponía el tío y empezaba con un martillo mu fino a darle al filo de la guadaña y le sacaba filo. Se llevaba machacando mucho tiempo y después le pasaba por encima una amoladera y la igualaba, es una piedra que come, que se afila el cuchillo y cosas de esas, que tenga granillos la piedra. Empiezas al entrar y terminas a la salia, empiezas por la parte más ancha y terminas por el pico, que tampoco lo sabía hacer to el mundo, que había gente de nuevo y le decían a los viejos que se la picaran. Eso tiene que salir to el filo recto, porque si le das a un sitio más y a otro menos ya sale un sitio el filo pa fuera. Vas corriendo la guadaña y ese conqui³⁶ que tiene... se tardaba un rato bueno. Lo primero que hacían cuando llegaban era eso, sentarse y empezar a picar la guadaña. Esos tíos eran el colmo, algunos decían “si los tíos no empiezan hasta las once lo menos a segar”. Por lo menos dos veces o tres en el transcurso del día se hacía, porque después con la piedra le dabas al filo pa alguna rebaba y lo ponías liso.”

B. N., CI.

“Si tú buscabas cuatro o cinco hombres de los buenos, había quien se daba mejor traza en picar la guadaña, eso es un peazo de hierro, con una anilla se clavaba en la tierra. El yunque ese tenía una cabeza arriba, tenía una anilla pa que no pasara ya más p´abajo a los porrazos, ponías una guadaña y con un martillo la vas machacando en la yunque y le ibas sacando filo. Unos sabían mejor picarla y le duraba más la pica. Eso a lo mejor echabas una hora de siega y a la hora se echaba un cigarro y en el cigarro era cuando se picaba, y entre mejor la tenías más desahogao ibas, menos fuerza tenías que hacer, por eso los tíos estaban enmorraos dándole que te pego. El que la picaba mejor a lo último, cuando ya llevaba un tiempo segando, le cogía ventaja porque iba más desahogao que el otro y segaba más.

...También se afilaba la guadaña, por desembotarla, le pasabas una miaja la piedra pa que cortara algo más, por quitarle la miaja de mosto de la yerba”

B. J., FI.

(36) La palabra conqui refiere a la mella en la guadaña y también al hueco o agujero que los cortes producen a las encinas.